METAMORFOSIS DE UN HOMBRE NORMAL

por Mariano Sanz F.de Córdoba

Las cápsulas que siempre llevaba consigo le habían devuelto el sosiego que había perdido durante unos instantes. Realmente, había sido un trayecto extraño y lleno de contrariedades. En primer lugar, los relojes de las diferentes estaciones del recorrido del Metro no estaban sincronizados; además, por primera vez en los dos últimos años no había podido ocupar su lugar de costumbre, junto a la puerta, cuando el vagón quedó casi vacío en la parada de costumbre. No parecía sino que todos los sucesos que se desarrollaban a su alrededor quisiera atentar contra su gris, monótona y rutinaria existencia. Y eso no podía consentirlo.

Le gustaba la puntualidad. Tenía el día perfectamente cronometrado y programado. Hacía tiempo, antes de casarse, únicamente trabajaba por las mañanas dejando libres las tardes para recrearse en sus quiméricos sueños y ejercitar la inteligencia elucubrando sólidos edificios frutos de la creatividad. Le gustaba aquella vida, pero perdía mucho tiempo y el sueldo...

El chirrido de las ruedas le sacó de su ensimismamiento. Miró el reloj y, súbitamente angustiado, tomó su portafolios y echó a andar con paso rápido hacia la salida del túnel. Debía evitar que aquel contratiempo le obligara a llegar tarde al trabajo, rompiendo de aquella manera su rutina cotidiana.

*** * ***

Afortunadamente, llegó a tiempo. Avanzó a lo largo del estrecho corredor que conducía a su mesa de trabajo saludando a los pocos compañeros de oficina con los que se cruzó. Cuando llegó a su cubículo —dos mesas de formica que llevaban adosadas sendas máquinas de escribir, tres ficheros archivadores, un armario metálico atestado de objetos de escritorio, un tubo de neón aún apagado y el sempiterno olor a oficina que embargaba sus sentidos desde que entraba al edificio— encendió la luz, ordenó su ya superorganizada mesa de trabajo, abrió el armario, volvió a cerrarlo sin tocar nada, quitó la funda de la máquina de escribir, se sentó, depositó el portafolios en el suelo, entre la pared y la mesa, pasó la hoja del calendario entreteniéndose en la festividad del día y, finalmente, miró su reloj con indiferencia. El resto de la mañana transcurrió con la rutina acostumbrada y el funcionario ejecutó todos los actos que conformaban su jornada de trabajo tan maquinalmente como había iniciado; despachó a la hora requerida, se tomó el «sandwiche» de

jamón y queso de media mañana —justo cinco minutos después de que su jefe bajó a tomar algo—, fue a los lavabos según lo requería su cuerpo —era curioso notar que sus funciones fisiológicas sólo despertaban dos veces por mañana y siempre a las mismas horas—, llamó a su mujer a la una y media en punto y, como era jueves, dio el dinero correspondiente para la participación en la lotería del sábado y que durante ese mes debía compra Luis por ser el último funcionario que había entrado en las oficinas de aquel organismo.

A medida que avanzaba la mañana comenzó a sentirse mal. Inmediatamente lo atribuyó al incidente del Metro, pues no encontraba otra causa que pudiera justificar su malestar. Confiado en la hipotética conciencia de sus males, pensó que si lograba concentrar su atención en algo diferente a sí mismo, conseguiría olvidarse de ello, pero no resultaba fácil conseguirlo, por un lado, su imaginación no era tan ágil como años atrás y, además, el trabajo, aunque le absorbía por completo, no era causa suficiente para ayudarle a olvidar su estado. Dirigió la mirada a la mesa vacía y por primera vez desde que la misma había quedado vacante, echó de menos la presencia de otro compañero que con su diálogo le ayudara a evadirse de aquella dolorosa realidad... si su antigua y antipática compañera de trabajo no se hubiera casado...

Creyó que lo mejor que podría hacer sería marcharse a su casa, pero al mimo tiempo que aquel peligroso pensamiento cruzaba su mente, miró el reloj y comprobó que le quedaba menos de media hora para salir, de manera que resolvió permanecer en su puesto hasta la hora autorizada y evitar cualquier situación comprometedora. Total, una hora...

El malestar parecía brotar del estómago, pero paulatinamente se fue apoderando de todo el cuerpo. Comenzó a sentirse mal, terriblemente mal, y el sudor que ya bañaba su cuerpo también comenzó a resbalar por su frente y mejillas. Con mano temblorosa, comprobó que su frente estaba fría, muy fría, y que sus piernas temblaban. Miró el reloj; aún cuarenta minutos. Si pudiera tomar alguna cosa... ¡No, no! Además, aquello parecía provenir del estómago... un corte de digestión, quizás... o algo peor, porque la vista se nublaba. Quizás un poco de aire...

Miró hacia la ventana, y movido ante aquella última resolución, apoyó ambas manos en la mesa e intentó levantarse. Apenas tenía fuerzas y sus piernas eran incapaces de sostenerlo. Hizo un último esfuerzo , la vista se le nubló totalmente y lo último que pudo escuchar fue el golpe de su propio cuerpo contra el suelo.

No debió permanecer inconsciente demasiado tiempo porque cuando se recuperó escuchó algunas palabras procedentes del vecino corredor, señal evidente de que aún no habían cerrado las oficinas. Intentó incorporarse, pero no pudo. Miró hacia adelante y no consiguió ver nada. ¿Qué sucedía? No, no podía ser. ¡No había nada! Mejor dicho, todo estaba igual, pero él... ¡No estaba! ¡No se veía! El era... ¡NADA! No tenía ni manos, ni pies, ni cuerpo, ni cabeza, ni... ¡No! ¡Un momento! Se sentía parte de aquel objeto, de aquel objeto que estaba caído en el suelo... Parecía que se había convertido en ese objeto tan familiar, sí, él era aquello, él era esa... ¡HOJA! Sí, sí... lo sentía, lo notaba... era aquella hoja de papel caída en el suelo. El era aquella hoja con membrete oficial.

¿Cómo era posible que se hubiera producido aquella metamorfosis? Le

resultaba absurdo pensar que pudiera darse aquel tipo de transformación y, sin embargo...

Todos sus pensamientos quedaron bloqueados cuando alguien entró en la oficina. Vio aproximarse unos zapatos y quiso evitar que le pisaran; afortunadamente, el encontronazo no se produjo y el funcionario de turno —a quien la angustia del momento le impidió reconocer, después de depositar sobre la mesa algunos papeles, abandonó la estancia.

Intentó recuperar la serenidad y encontrar alguna solución lógica al alucinante fenómeno del que estaba siendo víctima, pero la llegada de otro compañero de trabajo inmovilizó sus pensamientos. El nuevo visitante se detuvo en el centro de la estancia y miró en todas direcciones buscando algo indeterminado. El hombre metamorfoseado vio que se trataba de Luis y quiso atraer su atención, pero en el último momento se detuvo. Sintió una inmensa vergüenza ante aquella situación, un terror instintivo a que aquel hombre le viera en semejante estado y prefirió callar. Antes de salir de la estancia, sin embargo, el nuevo vio aquel papel tirado en el suelo, y, agachándose, lo recogió y depositó en la mesa. Luego se retiró y todo quedó sumido en el silencio.

Transcurrió algún tiempo antes de que alguien comenzara a revolver todo aquello. Fueron sus propios compañeros de trabajo quienes cierto día, acompañados del subdirector del departamento, quitaron aquellas carpetas que se amontonaban desordenadamente encima de la mesa y las apilaron encima de uno de los archivadores. Luego tomaron todas las hojas que no pertenecían a carpeta alguna y después de romper las que estaban usadas, se llevaron las restantes a otra oficina. El hombre-hoja notó que lo depositaban sobre otra mesa idéntica a la suya y observó, aterrorizado, que el funcionario que los había transportado introducía una de las hojas en su máquina de escribir. No obstante, él no podía hacer anda para intentar salvarse a sí mismo; el papel estaba limpio, blanco como si nada hubiera marcado su existencia, como si nunca le hubiera sucedido nada. En aquella hoja sólo constaba su inquebrantable fidelidad al organismo para el que había trabajado tantos años, la marca —en forma de membrete oficial— de quienes lo habían explotado y a quienes, consciente o inconscientemente, había servido de juguete; el emblema de aquellos que habían absorbido y robado su tiempo, su inteligencia y todo su ser... el estigma al que se había esclavizado.

Pero, presumiblemente, tales pensamientos no cruzaron su mente en aquellos momentos. Todo su ser estaba dominado por el terror, por el pánico ante aquel ser que, sentado a la máquina de escribir, golpeaba las hojas de papel que tenía a su alcance. Y llegó su turno.

Por fortuna, el oficio no debía ser muy largo, aunque a él le pareció una eternidad el desarrollo del proceso. Los rápidos y continuos repiqueteos de la máquina no hicieron sino acabar de mortificar su cuerpo, que ya había sido cruelmente maltratado al ser introducido en el rodillo. Cuando, tras ser golpeado y casi destrozado por los continuos golpes de las teclas, volvió a pasar por el rodillo de la máquina, perdió la noción de las cosas y cuando tuvo de nuevo conciencia de su situación comprobó que había sido utilizado otra vez, pues alguien había garabateado una firma en su parte inferior. En aquellos momentos se encontraba allí, tendido en

una mesa —¿la mesa de su despacho?— sobre la que ahora se encontraba inclinado otro hombre.

No duró mucho su descanso, pues aquel funcionario, levantándose, abrió el archivador, extrajo una carpeta del mismo e introdujo la hoja. El hombre se sintió de nuevo aprisionado entre un montón de papeles, indiscriminadamente amontonado como un documento más, impotente para escapar de aquella humillante situación. Luego fue introducido en el archivo, perdió la luz y, con ello, la noción del tiempo.

Si transcurrieron días, años o lustros, no supo determinarlo. Parecía que una nueva unidad de tiempo se había adueñado de su existencia y los universos latentes avanzaban con ritmo discontinuo y difícilmente perceptible. Sin embargo, podía darse cuenta del paso del tiempo porque, de vez en cuando, el archivador se abría y observaba algún rostro humano. Eran los mismos que había conocido antes, pero estaban más envejecidos y cansados, lo cual demostraba —de igual manera que la presencia de otros nuevos— el paso de los años. El habría deseado hablarles, contar lo que le había sucedido, lo que les había pasado a muchos de ellos, pues en el mismo archivo se encontró con algunos de sus antiguos compañeros de trabajo que cierto día habían desaparecido sin dejar rastro. También ellos habían tenido el mismo fin que él. Por eso deseaba hablar. Quería ayudar a aquellos hombres que abrían los ficheros, que habían hipotecado sus existencias, que parecían haberse conformado con su mediocridad. Pero no podía comunicarse con ellos. En realidad, no podía hacer nada.

Pasado cierto tiempo, alguien debió decidir hacer una limpieza de archivos. Sintió que le extraían de su prisión y, junto con un montón de papeles, era conducido a una estancia adyacente. Allí fue colocado sobre una mesa y, cuando el volumen de papeles llegó a ser considerable, un hombre se sentó ante ellos y comenzó a distribuirlos en tres grupos. Mientras el funcionario se entretenía en tal menester, el hombre-hoja distrajo su atención mirando a través de la puerta entreabierta que comunicaba con su despacho. Allí, sentado ante la mesa de trabajo que durante tantos años le había pertenecido, se encontraba Luis. Pero ya no era el muchacho que se ocupaba de comprar la lotería, no. Ahora se había convertido en un hombre de mediana edad, con el rostro surcado por profundas arrugas, serio y taciturno, que efectuaba todos sus movimientos maquinalmente. Sobre la mesa tenía depositada una foto a la que rara vez miraba —posiblemente de su mujer y sus hijos— y en su mirada descubrió el mismo hastío que había presidido los últimos años de su propia vida.

Un sonido le sacó de su ensimismamiento. El funcionario de turno acababa de romper el primero de los papeles que se encontraban en el mismo montón donde él había sido depositado y ahora aquel hombre reunía otros cinco o seis para darles idéntico destino. Empero, y a pesar de la atrocidad de la escena, no se preocupó. Antes o después tendría que suceder. Y, además, para llevar aquella existencia...

Miró de nuevo a través de la puerta. En aquel momento Luis se apoyaba en la mesa y se incorporaba pesadamente. Entonces lo comprendió. ¡Sí, era lo mismo que le había sucedido a él! Lo mismo que había ocurrido

con miles de personas que no habían querido escapar a su estado... Luis vaciló sobre sus piernas y cayó al suelo.

Quiso advertir al funcionario que se encontraba ante él, pero no disponía de medios para comunicarse con aquel ser que, de espaldas a la puerta entreabierta, rompía otro montón de papeles. Sin embargo, debía hacerlo. Era necesario que lo consiguiera... En aquellos instantes, Luis estaba sufriendo la terrible mutación. Si aquel hombre sentado ante la mesa se diera cuenta, quizás el resto de los hombre entregados a una vejatoria masificación podrían cambiar el rumbo de sus vidas —aunque sólo fuera por el terror ante aquel final— y salvarse. Pero no podía comunicarse. No podía...

Estaba absorto contemplando el final de la metamorfosis de Luis cuando se sintió zarandeado. EL hombre lo había tomado en sus manos, junto con otros quince o veinte papeles, y, apretándolos con fuerza, los partió en dos mitades. Luego continuó haciendo pedazos más pequeños y, finalmente, echó los restos a una papelera.